

Los campesinos frente al desarrollo turístico* **LA MONTAÑA, ESPACIO ABANDONADO,** **ESPACIO CODICIADO**

Gilles NOVARINA**

El presente artículo trata de las relaciones, a menudo conflictivas, existentes entre dos actividades económicas: el turismo y la agricultura, cuando ambas utilizan el mismo espacio. Desde 1960, el turismo se ha convertido, por derecho propio, en un sector de la economía francesa. Un período de grandes instalaciones en el litoral y la alta montaña precede a un período de turismo difundido en el medio rural y en la media montaña. Mientras que en el turismo concentrado las iniciativas y la propiedad del proyecto pertenecen a promotores, a bancos y a los servicios de estudio del Estado, en el turismo difuso la iniciativa surge de las colectividades locales y de los propios habitantes rurales. En el momento en que la produc-

* Este artículo es la prolongación de un trabajo realizado en colaboración con Dominique Ciavaldini en la U.E.R. Urbanización-Ordenación de Grenoble. Se inscribe en la reflexión realizada con los miembros del C.E.S.E.R.

** Presses Universitaire de Grenoble, 1977. Encargado de estudios en el C.E.S.E.R. de Grenoble (Collectif d'Etudes de Sociologie et d'Economie Rurales).

ción agrícola se enfrenta a dificultades crecientes, se confía al campo un papel fundamental en la acogida de las poblaciones urbanas. Pero todos los ordenadores, planificadores y militantes de organizaciones agrarias, que consideran al turismo como un medio de desarrollo, son conscientes de que la «colonización» del campo por los urbanos corre el riesgo de eliminar del mismo todo aquello que resulta ser su atractivo: calma, valores culturales diferentes, calidad de los paisajes. En consecuencia, es necesario preservar el espacio rural. Para ello, hay que mantener una agricultura dinámica, capaz de proveer de medios de subsistencia a la población indispensable para la acogida turística y para mantener el entorno natural (limpieza de los caminos, utilización de los pastos para impedir la formación de matorrales). El papel de los ordenadores del territorio es el de encontrar una complementariedad entre la actividad turística y las otras actividades locales. El desarrollo del turismo no ha de sobrepasar un límite máximo, por encima del cual se corre el riesgo de poner en peligro el equilibrio entre las actividades rurales. Los estudios de ordenación contabilizan las ventajas e inconvenientes del turismo para cada categoría de la población rural, y definen así el tipo de turismo que mejor se adapta a la colectividad local. Si el turismo residencial (estaciones integradas, residencias secundarias) es un factor de destrucción de la «sociedad local» porque comporta una erosión del espacio y tiene pocas compensaciones financieras para la colectividad rural, el turismo rural (estaciones rurales, refugios, albergues rurales, campings en las explotaciones agrarias, refugios para esquí de fondo) se puede integrar en la vida rural. Pero el cálculo sobre el que se sitúa este razonamiento es difícil de establecer (176). Además, la colectividad global ha sido asimilada globalmente a la «sociedad local». Esta sería una sociedad precapitalista mantenida al mar-

(176) Doriens, Christine y Vidal Naguet, Pierre: *Résidences secondaires, tourisme rural et enjeux locaux*, Centre d'Etudes du Tourisme. Ais de Provença, abril de 1968, pp. 191-198.

gen del proceso de industrialización y de urbanización, y el turismo sería el primer elemento exterior que viene a perturbar la estabilidad de esta sociedad y a cuestionar la autonomía que mantenía en relación con la sociedad global. Frente al turismo, las poblaciones locales tendrían una comunidad de intereses que sería necesario definir para defenderla mejor. No entraré aquí en el debate teórico sobre las «sociedades rurales», pero quisiera precisar brevemente algunas ideas. La producción agrícola se organiza en el marco de la explotación familiar: el trabajador es propietario de su tierra y de sus medios de producción, y produce para asegurar la subsistencia de su familia, y no para obtener un beneficio. Esta forma social tiene su origen en la Alta Edad Media, pero se ha transformado radicalmente bajo el dominio del capitalismo (177). El carácter comercial de la agricultura no deja de afirmarse: hoy el agricultor compra su tierra y sus medios de trabajo, y vende la mayor parte de su producción. Este proceso de transformación de las «sociedades rurales» es también un proceso de diferenciación (178): los conflictos entre campesinos por la apropiación de un máximo de tierras agrícolas se han convertido, a partir de 1950, en un conflicto entre una agricultura moderna y una agricultura tradicional. Se han constituido grupos sociales (pequeños campesinos tradicionales, agricultores modernizados, artesanos, comerciantes, pequeños empresarios de la construcción) con unos intereses, así como unos objetivos en cuanto al uso del suelo, frecuentemente contradictorios. El turismo está en contacto con un mundo rural en movimiento y viene a articularse con factores de evolución de las sociedades rurales que se sitúan en el interior de la esfera agrí-

(177) Coulomb, Pierre. Nallet, Henri y Servolin, Claude: *Recherche sur l'elaboration des politiques agricoles*, I.N.R.A., París, junio de 1977, pp. 35-40.

(178) Sobre esta idea, véase el trabajo realizado por Goubet, Joel, en la U.E.R.: *Urbanización y ordenación de Grenoble en la superación del poder municipal a través del ejemplo de Trièves*.

cola. La articulación entre el desarrollo agrícola y el desarrollo turístico se hace a dos niveles.

El turismo crea, en las regiones en las que la agricultura es la única actividad económica, una oferta de puestos de trabajo importante: trabajos asalariados de temporada o en los centros de vacaciones de las colectividades sociales (comités de empresa, cajas de subsidios familiares, cajas de jubilación), y también nuevas actividades en el seno mismo de las explotaciones (turismo en la explotación). Hay una nueva alternativa para los jóvenes «ayudas familiares», para los cuales las posibilidades de elección se limitaban hasta hace poco a poder vivir de la agricultura o a marchar a la ciudad. ¿Cómo analizar la doble actividad (multi o poliactiva) turística? ¿Se trata de una suave transición hacia un trabajo asalariado a tiempo completo o, al contrario, surgirán nuevos sistemas de trabajo con una cierta solidez económica? En este caso, ¿cómo valorar los lazos del doble-activo con su familia y cuál será su comportamiento respecto del patrimonio fundiario de la explotación?

El turismo comporta una verdadera escalada de los precios de la tierra incluyendo eso que algunos denominan «fundiario agrícola». ¿Todos los agricultores tienen la posibilidad de apropiarse de una renta turística vendiendo parcelas como terreno edificable, «especulando», como dicen los sindicatos agrícolas? La tierra que los agricultores-obreros, y la Federación Nacional de Sindicatos de Empresarios Agrícolas (F.N.S.E.A.), han definido como una herramienta de trabajo, se convierte cada vez más en un patrimonio que puede ser valorizado tanto para una producción agrícola, como para la venta para un uso turístico. Los datos del «mercado de tierras» se han transformado. ¿Existe una reconstitución de una unidad campesina frente a los nuevos usuarios del espacio rural (promotores, colectividades sociales, residentes secundarios, turistas en general)? ¿O, al contrario, las divisiones del campesinado y los conflictos fundiarios que resultan de ellas se amplían de manera importante? En este caso, ¿cómo analizar la complejidad de los conflictos entre propietarios?

Privilegiar estos dos niveles significa pasar por alto otros aspectos de las relaciones entre agricultura y turismo: la modificación de las relaciones entre los productores agrícolas y las cooperativas o firmas agro-alimentarias bajo el impulso de las ventas directas a los turistas o la reorientación del artesanado de la construcción, hasta ahora, vinculado a la agricultura, hacia el mercado de las residencias secundarias. pero no podemos abarcarlo todo en este artículo. Un estudio realizado en Embrunais (pequeña región de los Altos Alpes) (179) nos suministra los materiales. La agricultura del Embrunais, orientada hacia la ganadería en explotaciones familiares (media: veinte hectáreas) para las cuales el uso de los pastos juega un papel importante, se enfrenta a un turismo de pequeña estación integrada, de centros de vacaciones a las orillas del lago de Serre-Ponçon y de refugios rurales. Las conclusiones que se pueden extraer se aplican mejor a este tipo de regiones que a comarcas de alta montaña, donde el turismo está mucho más concentrado.

1. Familias campesinas multiactivas

En la montaña, con la excepción de los valles donde se hallan instaladas industrias vinculadas a la energía hidroeléctrica, la agricultura y las actividades relacionadas con la misma constituyen la única fuente de trabajo. Además, esta agricultura está en regresión; en estas condiciones, el turismo representa una oferta de puestos de trabajo considerable: trabajo como **perchman** en las telesillas, como monitores de esquí, como personal de servicio en la hostelería, pero también trabajo en la construcción (albañil, carpintero, electricista). Es muy

(179) Ciavaldini, Dominique y Novarina, Gilles: *Les paysans confortés au tourisme. A propos d'aménagement en Embrunais*. Tesis de 3^{er} ciclo defendida en Junio de 1977 en la U.E.R. Urbanización y Ordenación de Grenoble.

difícil realizar una estimación exacta del número de puestos de trabajo turísticos por región, por una parte porque la categoría turismo no existe en las estadísticas por categorías socio-profesionales o por ramas de actividad del I.N.S.E.E. y, por otra, porque las empresas turísticas son, a menudo, de pequeñas dimensiones y la mano de obra es familiar, con la excepción de uno o dos asalariados. Se puede, de todas formas, llevar un control del empleo turístico por medio de encuestas directas entre las empresas más importantes: sociedades encargadas de las telesillas o colectividades sociales. Pero hace falta saber cuáles son las empresas más importantes, las que ofrecen las mejores condiciones de trabajo. Este ha sido el punto de partida de una encuesta (180) realizada en 1975 en Les Orres.

A. Trabajadores asalariados en complejos turísticos

Les Orres es un pequeño complejo turístico (estación) integrado por 8.000 camas, dirigido por una sociedad de capital mixto, la S.E.D.H.A., que agrupa al ayuntamiento, el departamento y la S.C.E.T., filial de la Caja de Depósitos. Desde 1968, la S.E.D.H.A. dirige la estación. Esta ha creado 170 puestos de trabajo y ha contribuido a aumentar la población del municipio entre 1968 y 1975 de 235 a 307 habitantes. El turismo es un factor de renovación demográfica y económica. El aumento de la población en Les Orres es, de hecho, debido esencialmente a la llegada de familias del exterior que no permanecen todo el año en el municipio. Los nativos de Les Orres no ocupan más de 70 de los 170 puestos de trabajo turísticos. Por otra parte, la estación no ha modificado nada la evolución de la agricultura (entre 1968 y 1975 el número de explotaciones pasó de 49 a 30), aunque ha contribuido a desarrollar la doble actividad (en 1975, 18 explotaciones contaban al menos con un doble-activo, y 12 titulares de explotación te-

(180) *Les paysans confrontés au tourisme*, op. cit., pp. 152-237.

nían una actividad exterior). ¿Cuáles son las condiciones para la contratación en el complejo?

La S.E.D.H.A., primera empresa en puestos de trabajo de Les Orres, tiene 48 asalariados, 24 de los cuales se han mantenido como agricultores. Le sigue la escuela de esquí, con 15 monitores, tres de los cuales son naturales de Les Orres. La mayoría de los puestos de trabajo cualificados (propietarios o directores de comercios y de hoteles, director del complejo) son ocupados por personas ajenas al municipio. Los naturales del lugar, y más particularmente los agricultores que son titulares de explotación o ayudas familiares, se reparten los empleos menos interesantes. De 24 campesinos con doble ocupación. 17 son **perchmen**, 2 conductores de maquinaria, un jefe de estación, un secretario (todos ellos en la S.E.D.H.A.), un monitor de esquí y 2 personas más que trabajan en la hostelería. En la S.E.D.H.A., la mayoría de los puestos de trabajo son estacionales (no hay más que 10 empleados permanentes, de los cuales únicamente 3 son nativos, y uno, campesino). Los empleados tienen un contrato para la temporada de invierno que les da derecho a tener prioridad para ser contratados en el verano: los **perchmen** se encargan, cuando la nieve se ha fundido, del mantenimiento de las pistas de esquí. Los salarios son bajos:

- de 1777 a 1884 francos al mes (incluidas las horas extra) + 10 francos diarios por manutención para un **perchman**;
- De 2.008 a 2.224 francos al mes para un jefe de maquinaria.

Las posibilidades de promoción en el mismo lugar son extremadamente reducidas. Entre 1968 y 1975 únicamente dos nativos han comprado, en asociación con comerciales de Embrun, un establecimiento comercial en el complejo, mientras que un asalariado ha realizado un cursillo de formación a cargo de la S.E.D.H.A. para convertirse en mecánico especializado en telesillas. La profesión de monitor de esquí, a la que bastantes jóvenes del medio rural aspiran para tener una remu-

neración mejor y unos horarios de trabajo más flexibles, es de un acceso cada vez más selectivo. Al examen práctico que se exigía antes, se une ahora un examen teórico en el que se piden conocimientos sobre botánica y geografía. Los puestos de trabajo turísticos no interesan a los jóvenes rurales que abandonan el municipio, ya que no corresponden a las cualificaciones que han obtenido en la ciudad. En general tienen un C.A.P.*** de carpintero o de electricista, o han realizado el aprendizaje con un albañil o con un carnicero; los más afortunados son maestros o empleados de Correos. En cuanto a los que han realizado un cursillo de formación en las ocupaciones turísticas, son titulares de diplomas (azafata recepcionista, acompañante bilingüe) inútiles para trabajar en complejos que, como es el caso de Les Orres, atraen poca clientela de altos ingresos. Los puestos de trabajo turísticos no interesan más que a los jóvenes marginales que huyen de la ciudad o bien a los campesinos jóvenes. Estos últimos han de permanecer en el municipio para poder seguir trabajando en la explotación y, al ser alojados y alimentados por ésta, pueden aceptar salarios más bajos.

Se afirma que los jóvenes ayudas familiares acuden a trabajar a la estación porque los ingresos agrícolas son insuficientes para las necesidades de una familia de campesinos. Con todo, esta afirmación requiere una reflexión más detenida. La modernización de las explotaciones llevada a cabo a partir de 1950 ha dividido el mundo campesino en dos bloques: por una parte, los agricultores que poseen suficientes medios financieros para invertir en material agrícola y comprar tierra, y, por otra, los que no lo han podido hacer y se han tenido que replegar en un sistema de producción autárquica y obtener lo esencial de sus ingresos del autoconsumo (en algunos casos sus ingresos económicos mensuales pueden ser inferiores a los 1.000 francos). Se podría pensar, en consecuencia, que son los agricultores de la segunda categoría los que, al ser los más pobres,

*** C.A.P.: Certificado de Formación Profesional (N. del Ed.).

van a trabajar en la estación. ¿Qué sucede en las 30 explotaciones de Les Orres?

Veintiuna explotaciones tienen menos de veinte hectáreas, y no han sido modernizadas. Los campesinos tienen un material muy elemental, crían ovejas o terneras bajo la madre y han abandonado el cultivo de cereales. Sólo seis titulares de explotación tienen una doble actividad, ejerciendo de **perchmen**, además de una actividad no agrícola anterior (pastor o peón caminero). Además de estos seis titulares de explotación, tres ayudas familiares tienen dos actividades complementarias (**perchman** en invierno y albañil en verano), pero estos últimos han de ser considerados más como alojados en la explotación familiar que estrictamente doble-activos. Por otra parte, tres campesinos han construido refugios, y uno ha comprado un comercio en el complejo después de haber vendido casi la totalidad de sus tierras para la construcción de la estación. Su actividad agrícola se reduce a tareas de huerto. Las explotaciones tradicionales no han respondido a la oferta de puestos de trabajo turísticos ya que la mayor parte de la mano de obra familiar se había visto obligada a abandonar el municipio mucho antes de la construcción de la estación. Unicamente los padres, ahora ya mayores, no lo han hecho.

Ocho explotaciones tienen entre veinte y treinta y cinco hectáreas. Los agricultores han comprado un tractor, una prensa y una ordeñadora, y han alquilado tierras para ampliar su explotación. Hoy en día el peso de los préstamos por devolver se hace notar en el futuro de las explotaciones. Los doce jóvenes, ayudas familiares o titulares de explotación, tienen un puesto de trabajo asalariado en la estación. Ningún agricultor abarca actividades turísticas en su explotación. De hecho, para estos jóvenes el turismo se convierte en la actividad principal y son sus padres, cuando no son demasiado mayores, o su esposa, quienes aseguran el trabajo agrícola. La búsqueda del salario exterior responde aquí a dos motivaciones: cinco agricultores opinan que están demasiado endeudados para poder proyectar nuevas inversiones agrícolas. Un joven titular de

explotación, por ejemplo, ha rechazado la Dotación para Jóvenes Agricultores**** (25.000 francos) porque le habría obligado a invertir 50.000 francos. Todo el dinero que aporta la agricultura se emplea en la devolución de préstamos y el salario exterior es una necesidad para asegurar la subsistencia y un mínimo de comodidad para la familia campesina. La situación financiera de las otras tres explotaciones es bastante mejor. El primer campesino compra terneras que alimenta con la leche de sus vacas en una explotación de treinta y cinco hectáreas. Su hijo es monitor y su nuera camarera en un restaurante. Padres e hijos tienen un coche personal y una vivienda independiente. El segundo, cajero en la S.E.D.H.A., acaba de pedir un nuevo préstamo para comprar un tractor de 56 CV y adquirir diez hectáreas. El tercero, **perchman**, posee una explotación más pequeña (veintidós hectáreas), acaba de obtener una Dotación para Jóvenes Agricultores y de hacer inversiones por valor de 50.000 francos. En estas tres explotaciones, el salario exterior es, para los jóvenes, el medio de llegar a tener unos ingresos propios dignos, comparables a los de un cuadro.

Un agricultor posee más de cincuenta hectáreas, en las cuales cría ciento diez bovinos, de los cuales veinte son vacas lecheras, y no ejerce ninguna actividad exterior.

La doble actividad turística no es en absoluto un medio para encontrar un puesto de trabajo para una mano de obra excedente en la explotación, pero tampoco es una simple consecuencia de los escasos ingresos agrícolas. Es consecuencia directa de las dificultades con que se encuentran hoy en día las explotaciones modernizadas más pequeñas para pagar sus deudas. Pero para comprender mejor esta doble actividad hace falta también conocer las relaciones que existen entre los diferentes miembros de la familia campesina.

El término doble actividad significa que una misma per-

**** Dotación para Jóvenes Agricultores: Créditos preferenciales para la consolidación de los jóvenes como titulares de explotación.

sona ejerce dos profesiones. En el plano jurídico son numerosos los titulares de explotación que ejercen una actividad no agrícola. Pero en realidad, el agricultor que trabaja en la estación turística ya no efectúa la totalidad de los trabajos agrícolas de los que se ocupaba antes: su mujer o sus padres asumen un trabajo suplementario. La doble actividad comporta una nueva distribución de las tareas en el seno de la familia campesina. ¿Modifica, por tanto, la estructura patriarcal de la familia campesina? Los sindicalistas agrarios piensan que desde el momento en que el padre rehusa el transmitir la dirección de la explotación a su hijo o a su yerno, hay un bloqueo de la innovación. A partir de aquí se explican las relaciones familiares que hay en las pequeñas explotaciones: a los cuarenta años los ayudantes familiares son solteros, conviven con sus padres, no tienen ingresos personales independientes y no han adquirido ninguna formación agrícola. ¿Pero la situación de los jóvenes en las explotaciones modernizadas es tan distinta como afirman los sindicatos agrícolas? A los sesenta y cinco años, el padre ha cedido la dirección de la explotación a su hijo y éste se ha podido beneficiar de la Dotación para Jóvenes Agricultores, seguir un cursillo e iniciar un nuevo programa de inversiones. La autoridad del cabeza de familia continúa, con todo, presente: es él quien se ocupa de las decisiones más importantes (comprar el nuevo tractor, relaciones con el intermediario o con el Crédito Agrícola), ya que el hijo le considera como más competente. A veces es la madre quien tiene la llave de la caja y obliga a su hijo a justificar todos sus gastos. La convivencia se mantiene siendo difícil para el joven el casarse en tanto no tenga una vivienda independiente. La apertura del mundo rural a los intercambios de todo tipo con el exterior hace que hoy en día el deseo de independencia sea común entre los jóvenes de la ciudad y del campo. Disponer de un salario es la condición para esta independencia. Los jóvenes rurales que han marchado a la ciudad han obtenido lo que deseaban: su vida se desarrolla fuera de la familia y se conforman con ayudar a sus padres durante las vacaciones, reco-

giendo el forraje. Los doble-activos se hallan en una situación absolutamente diferente. Sólo algunos de ellos llegan a adquirir más libertad. Son los que consiguen asociar una actividad agrícola especializada con una profesión turística con unos horarios no demasiado rígidos. Son también aquellos que han podido adquirir una formación en el turismo y que, a la jubilación de sus padres, abandonarán la agricultura. Pero la gran mayoría de los jóvenes se halla en la imposibilidad de elegir entre una actividad agrícola, que significa para ellos limitaciones familiares, y una actividad turística que representa un trabajo poco interesante. En efecto, si la debilidad de los ingresos agrícolas les obliga a ir a trabajar en las instalaciones turísticas, el carácter estacional de la actividad turística les obliga a conservar la explotación como posición de refugio en caso de encontrarse sin trabajo. Paradójicamente, esta imposibilidad de elección para los jóvenes reforzará la estructura patriarcal de la familia campesina, que dispone, por medio de la doble actividad, de una mano de obra suficiente para las grandes tareas agrícolas y un mínimo de dinero fresco que representa un salario del exterior. La doble actividad turística es, en consecuencia, un sistema relativamente estable y existe un consenso familiar para mantener una agricultura mínima para sostener el patrimonio de la explotación. Pero esta estabilidad se apoya en limitaciones muy fuertes para los jóvenes campesinos. La doble actividad todavía es para los jóvenes antes que nada una ejecutoria, el medio de salir de su familia para irse a divertir a los bares o a las discotecas nocturnas de la estación turística.

B. *El turismo rural*

Las conclusiones que he extraído del análisis de la doble actividad asalariada son, después de todo, relativamente banales. Cada vez son más raras las voces que se hacen oír al nivel de las administraciones descentralizadas o de la administración central para defender los complejos turísticos integrados por el hecho de que crearían puestos de trabajo. La moda

actual es la del turismo rural. A medida del hombre, realizada por los propios habitantes rurales, compatible con la agricultura, constituye una alternativa para los campesinos de la montaña, que se encuentran con dificultades cada vez mayores. De todas formas, en Embrunais el turismo rural es todavía muy limitado, aunque se trata de una región de montaña media en la que es posible la doble temporada turística. En 1975, los 444 agricultores de Embrunais (181) no habían realizado más que cuarenta refugios, dos campings en la explotación (de un máximo de diez tiendas) y un albergue rural. En el municipio de Chorges sólo dos agricultores son propietarios de refugios, mientras que diecisiete poseen apartamentos amueblados (182). Este último dato lleva a otra conclusión: los agricultores prefieren, antes que el turismo subvencionado (refugio rural, comidas, habitaciones para huéspedes, camping en la granja, albergue rural), hospedajes que no dan derecho a ninguna ayuda del Estado (apartamentos amueblados para unos, grandes campings para los otros). ¿Porqué este desinterés de los campesinos respecto al turismo rural?

Se puede dar una primera respuesta a esta pregunta. La forma que toma la financiación del turismo rural es calcada de la de las inversiones agrícolas. Esta financiación, muy codificada, comprende tres partes diferentes: una subvención (de 10.000 francos en la montaña), un crédito preferente del Crédito Agrícola (con unos intereses del 7% durante un período de cinco a doce años) cuyo importe máximo es de un 70% del coste de los trabajos después de deducida la subvención y una aportación personal por el resto. El Crédito Agrícola no concede créditos preferentes más que a los agricultores que han obtenido la subvención y exige de ellos las mismas garantías que para los créditos agrícolas. El coste de la construcción de un refugio de montaña varía entre los 50.000 y los 70.000 fran-

(181) *Les paysans confrontés au tourisme*, op. cit., p. 207.

(182) *Residences secondaires, tourisme rural et enjeux lacous*, op. cit., p. 113.

cos y la aportación personal de 12.000 a 18.000 francos. Construir un refugio o edificar un establo para la ganadería (aunque en este caso los intereses del préstamo bonificado no sean más que del 4,5%) viene a suponer lo mismo para el agricultor. Los agricultores que tienen dificultades para invertir en la agricultura se encuentran con dificultades idénticas para invertir en el turismo rural. Los pequeños campesinos tradicionales, así como los jóvenes agricultores modernizados que ya no pueden hacer frente a sus deudas, no pueden dedicarse al turismo verde. Hay una única excepción para ellos: aceptar el vender tierras para financiar un apartamento amueblado, aunque ésto vuelve a plantear el problema del equilibrio de la explotación. El turismo rural no interesa, al fin y al cabo, más que a los agricultores de montaña más ricos, los que han pagado sus préstamos agrícolas y que pueden agregar un camping de cien tiendas a una explotación rentable.

Se puede aportar una segunda respuesta a la pregunta inicial. El turismo en la explotación es fuente de trabajo suplementario importante durante el verano, estación de los trabajos agrícolas más intensos (siega y cosechas). Un agricultor que quiere dedicarse al turismo verde tiene que disponer de una mano de obra familiar abundante: en general, son su mujer o sus hijos, desde los quince años, los que aseguran el trabajo turístico. Además, el turismo rural es rentable únicamente porque la mano de obra familiar no se remunera, sobre todo en la construcción de los alojamientos.

La estructura patriarcal de la familia, lo que Veronique Soriano denomina «el espíritu de la familia» (183), ha de mantenerse y, por ejemplo, las cuentas de los ingresos agrícolas y turísticos han de mantenerse unificadas. En las familias más «evolucionadas», hay una cuenta bancaria única en la cual cada miembro de la familia dispone de firma para retirar dinero. Esta característica del turismo rural explica que los jóvenes ayu-

(183) Soriano, Veronique: *La double activite des agriculteurs de montagne*, París, E.R., febrero de 1976, p. 147.

dantes familiares prefieran los trabajos asalariados o que, cuando quieran dedicarse al turismo, realicen actividades que no arriesguen el patrimonio familiar (hogar rural polivalente, por ejemplo).

2. Creciente complejidad de los conflictos entre propietarios.

Del conflicto entre «grandes» y «pequeños» al conflicto entre una agricultura moderna y una agricultura tradicional

Si el turismo crea puestos de trabajo, también es un factor que eleva los precios de la tierra. En Embrunais se constata entre 1968 y 1975 una auténtica explosión de los precios: algunos terrenos situados en el balcón por encima del lago de Serre-Ponçon llegan a los cincuenta francos por metro cuadrado. Sindicalistas agrícolas y técnicos de la Dirección departamental de la agricultura denuncian estas alzas especulativas porque impiden un funcionamiento económico normal de lo que todavía denominan «mercado de tierras agrarias». ¿Es necesario, para comprender mejor este fenómeno, mantenerse en este nivel de análisis o es mejor intentar saber que oculta en realidad el término «mercado de tierras»? Durante siglos, los intercambios de tierras (compras, rentas, pero también alquileres) se han efectuado en la intimidad de las relaciones entre familias en el seno de los pueblos. El mantenimiento y el crecimiento del patrimonio depende esencialmente del trabajo disponible en la familia campesina. Los movimientos de tierras son extremadamente raros y no se producen más que en tierras liberadas por los campesinos que, por necesidad, marchan a trabajar a la ciudad. La idea de un «mercado fundiario» que tendría una dimensión nacional, no tiene nada que ver ni de cerca ni de lejos con la realidad. Cada transacción fundiaria tiene una cierta independencia y constituye un verdadero «micro-mercado fundiario», en el cual el campesino que ven-

de un terreno disfruta de una situación de monopolio frente a dos o tres posibles compradores. El volumen de las transacciones y el precio al que se efectúan son determinados por las relaciones sociales estrictamente locales, la «estructura local de clases» (184), que organiza el uso social del suelo (dedicación de las tierras a la agricultura, la ganadería o el bosque, por ejemplo). Los conflictos fundiarios existían ya y enfrentaban a los que los historiadores denominan «braceros» y «cultivadores» que, en el lenguaje común, se convierten en «pequeños» y «grandes». La política de modernización agrícola iniciada a partir de 1950 modificará radicalmente esta situación. Los poderes públicos de la época quisieron sacar a la agricultura de su estado de «subdesarrollo tecnológico» y transformarla, en el marco del Mercado Común agrícola, en una actividad exportadora. Pero todas las explotaciones francesas no tienen, ni de lejos, la dimensión suficiente para iniciar la mecanización. Se impone una reestructuración del territorio: las tierras abandonadas por la marcha de los pequeños agricultores deben permitir la constitución de explotaciones medianas en las cuales una pareja de agricultores podrían vivir con unos ingresos equivalentes a los de unos ciudadanos medios. Se crean instituciones para facilitar la redistribución de las tierras: las más conocidas, las S.A.F.E.R., poseen un derecho de primera opción de compra sobre todas las tierras agrícolas puestas en venta. Las consecuencias de esta política no se hacen esperar: concentración rápida de las explotaciones y fuerte éxodo rural. En Embrunais, la disminución del número de explotaciones iniciada en 1955 continúa actualmente (en 1970 hay 600 explotaciones, mientras que en 1975 no quedan más que 444). Paralelamente, en regiones donde tradicionalmente predominaba la valorización directa, la agricultura progresa: en 1975, los campesinos de Embrunais, que explotan entre 25 y 35 Ha., alquilan más del 53% de las tierras que explotan a agriculto-

(184) *Recherches sur l'elaboration des politiques agricoles*, op. cit., p. 59.

res jubilados. Este movimiento ha sido todavía más rápido en otras regiones de montaña. A partir de los años cincuenta, se ha iniciado un proceso de diferenciación en el seno del mundo rural. Los jóvenes agricultores que quieren mecanizar y ampliar su explotación se enfrentan cada vez más con pequeños campesinos que se repliegan en sistemas autárquicos (producen ellos mismos una gran parte de sus bienes de consumo), aceptan unos ingresos monetarios muy bajos (a veces menos de mil francos al mes para una pareja) y se niegan a abandonar la agricultura. Los conflictos fundiarios, aunque conservan un carácter local, se resumen, cada vez más, en el enfrentamiento entre una agricultura moderna y una agricultura tradicional.

La reinversión masiva en el campo por parte del intermediario del turismo vendrá a reforzar esta oposición. Los agricultores modernizados ya no son los únicos que buscan tierras. Entran en competencia con los promotores inmobiliarios y con los asalariados con ingresos elevados que quieren construir una residencia secundaria. Los precios que éstos están dispuestos a pagar por una parcela (50 francos el metro cuadrado) son veinticinco veces más altos que el precio de una hectárea de tierra en Beauce. Frente a esta nueva situación, los pequeños campesinos tradicionales se niegan a vender sus tierras a un precio accesible para los jóvenes agricultores que querrían instalarse o para aquellos que quisieran ampliar su explotación. Incluso, se da la situación de que los pequeños campesinos ya no aceptan el firmar un contrato de alquiler, ya que desean conservar la libre disposición de sus tierras para poder, si la necesidad les obliga, vender una parcela al «precio turístico». Alquileres verbales y cesiones de hierba para segarla se convierten en la regla general. Los agricultores modernizados ya no tienen ninguna seguridad sobre las tierras que explotan y se encuentran en la casi imposibilidad de establecer un programa de inversiones. La competencia entre agricultura y turismo en el uso del suelo bloquea la reestructuración del territorio. Las S.A.F.E.R., que no tienen poder alguno sobre los

precios de las tierras, se confiesan totalmente ineficaces: entre 1970 y 1973, la S.A.F.E.R. de Provence-Cote Azur intervino una sola vez en Embrunais. La misma división entre agricultores modernizados y pequeños campesinos tradicionales se vuelve a encontrar a propósito de los pastos. No todos los campesinos explican esta oposición de la misma manera. Los jóvenes campesinos que llevan la F.D.S.E.A. de los departamentos de montaña afirman que defienden su medio de trabajo cuando reclaman más poder para las sociedades fundiarias y acusan a los pequeños de ser «falsos agricultores» porque impiden a sus hijos el acceder a la dirección de la explotación, que defienden a los intermediarios al negarse a adherirse a las organizaciones de productores, que acumulan varias profesiones y que buscan cualquier ocasión para «especular» con sus terrenos. Los pequeños campesinos acusan a los agricultores modernizados de ser los que acaparan las subvenciones y pretenden expropiarles. ¿Especuladores insensibles a toda acción de defensa de la agricultura o pequeños campesinos que las organizaciones agrícolas profesionales quieren expulsar de sus pueblos? ¿Cómo podemos caracterizar hoy a los campesinos de montaña?

Los campesinos de montaña, ¿són especuladores?

Para entender mejor el comportamiento de los pequeños campesinos con respecto a sus propiedades, desarrollaré el ejemplo de las expropiaciones turísticas. Antes de construir una estación de esquí, el propietario de las obras, ya se trate de un promotor inmobiliario, de una colectividad social o de una sociedad de economía mixta, ha de obtener primero el dominio fundiario necesario para el comienzo del proyecto turístico. El procedimiento jurídico utilizado es, excepto cuando se trata de terrenos comunales, siempre el mismo. Después de una notificación del consejo municipal, un decreto del prefecto hace

una declaración de utilidad pública del perímetro en el que se quieren hacer las expropiaciones. A menudo, paralelamente al proceso de expropiación realizado bajo la responsabilidad de la administración del Patrimonio, el promotor realiza transacciones oficiosas con los propietarios. En el caso de los complejos de deportes de invierno, así como en el de cualquier otra construcción importante (autopistas, presas, canal E.D.F.), la reacción de los campesinos es idéntica: rechazo a vender y constitución de una asociación de defensa de los propietarios afectados. Antes de nada, ¿cuáles son los motivos de este rechazo?

Los conflictos fundiarios relacionados con las expropiaciones tienen su origen en la diferencia irreductible que existe entre la lógica de fijación de la tierra que siguen la administración del Patrimonio y los promotores, y la que siguen los campesinos. La administración se encarga de determinar el precio al que se harán las expropiaciones. Por ello, clasifican las tierras afectadas según su potencial agronómico: tierras cultivables, prados naturales, landas, bosques o matorrales. Para fijar un precio, se establece una comparación entre los terrenos a expropiar y la tierra agrícola más productiva del territorio nacional. La clasificación de los terrenos se realiza en función del uso efectivo de los suelos un año antes de la apertura de la encuesta previa a la declaración de utilidad pública, de cara a evitar cualquier intento de especulación por parte de los propietarios. Con este cálculo se fija un precio, menos de un franco por metro cuadrado para un prado en Embrunais, que no hace otra cosa que traducir el poco peso económico que tiene la agricultura de los municipios de montaña en la agricultura francesa. Los promotores inmobiliarios proceden de manera diferente. Hacen una estimación del coste de equipamiento (conducción de aguas, electricidad, comunicaciones), el coste de construcción de las edificaciones proyectadas y su precio de venta en función de la clientela prevista. Como conocen su margen de beneficios, llegan a un intervalo de precios, entre uno y cinco francos el metro cuadrado, ligeramente superior al que propone el Patrimonio. Estas dos formas de

cálculo, aún siendo diferentes, fijan un valor monetario del suelo en un mercado: el «mercado fundiario agrícola» para el Patrimonio, el mercado de la construcción para los promotores. Los campesinos, cualquiera que sea su situación económica, consideran la tierra no como un «capital», sino al mismo tiempo como un instrumento de trabajo que les permite vivir, y un patrimonio familiar que determina el rango social que ocupan dentro de la colectividad rural. Las relaciones que los campesinos mantienen con sus tierras son, por naturaleza, muy complejas e integran simultáneamente intereses económicos, determinaciones sociales y valores simbólicos como el hecho de pertenecer a un «país» o a un territorio. Constituyen lo que Karl Marx ha denominado (185): «afección del productor a las condiciones naturales de la producción» y que ha definido como la prolongación del cuerpo del campesino. La expulsión de sus tierras es, en consecuencia, una provocación violenta. La primera reacción de los agricultores es la de evaluar las pérdidas que comporta la expropiación: la cantidad de leña que ya no podrán talar, los carros de paja que no podrán recoger e incluso los cestos de setas que no podrán recolectar. A partir del uso que hacen de las tierras, intentan saber si el no poder utilizarlas pondrá en peligro el equilibrio de la explotación. Piden un precio por la tierra que les permita bien restablecer este equilibrio (compra o alquiler de otras tierras), o bien reconvertirse (construcción de refugios o apartamentos, compra de un comercio en un complejo). En este caso, los campesinos quieren evitar a cualquier precio el convertirse en asalariados a tiempo completo, ya que perderían las últimas parcelas de libertad y la importancia social que les confiere su estatus de pequeño productor independiente. A un cálculo en términos mercantiles, los campesinos oponen un cálculo en términos de valor de uso basado en un auténtico

(185) Marx, Karl: Formes precapitalistes. Oeuvres, Economía, 2. *La Pléiade*, pp. 312-359.

balance de su actividad agrícola. Pero este cálculo de los campesinos es diferente de una explotación a otra.

En las negociaciones con el promotor, aparecerán toda una serie de comportamientos y de actitudes divergentes, desde el puro y simple rechazo a vender hasta una voluntad de hacer subir los precios tanto como sea posible. Los agricultores que han invertido en material y que han renovado sus instalaciones de explotación, creen en su oficio y lo quieren conservar cueste lo que cueste. Rechazan, en nombre de la defensa de la herramienta de trabajo, las expropiaciones a cualquier precio al que se efectuen. Su hostilidad hacia las expropiaciones corresponde a una oposición categórica a toda forma de turismo residencial (tanto estaciones de deportes de invierno como residencias secundarias) porque comporta el alza de los precios de la tierra. De palabra, se consideran partidarios del turismo rural, ya que son conscientes que su desarrollo será limitado y que es el único medio para imponer un control de la tierra. Los campesinos tradicionales tienen una postura mucho más matizada. Si el promotor acepta un precio más elevado por sus tierras que el franco o dos propuestos inicialmente, modificarán su actitud y aceptarán vender. ¿Hemos de ver en ello una actitud inconsecuente? Los pequeños campesinos tienen unos ingresos monetarios bajos y son conscientes de que el equilibrio de su explotación es muy precario. La cantidad de dinero que representa la venta de una hectárea, aunque sea poco importante, puede representar un año de ingresos agrícolas. Es bien difícil, en estas condiciones, defender una herramienta de trabajo agrícola, sobre todo cuando la jubilación se acerca. Si, cara a las expropiaciones, los pequeños agricultores tienen una posición muy fluctuante, son, en cambio, favorables a las residencias secundarias. Vender una parcela, o dos, alejadas de la explotación y, por tanto, difíciles de trabajar, a un alto precio, cuando la necesidad se hacer sentir, puede ser el medio de hacer frente a una inversión agrícola (compra de un nuevo tractor), un gasto familiar (renovar la vivienda) o incluso de iniciar una pequeña actividad turística

complementaria (acondicionamiento de un apartamento en la casa para alquilarlo). Hacerse con una renta turística es el único medio que les queda a estos agricultores para conservar su estatus de pequeño productor independiente. Por otra parte, todos los campesinos, hayan modernizado su explotación o no, han de tener en cuenta a sus hermanos y hermanas que han dejado la agricultura. Cuando un campesino se jubila, se atribuye a uno de los hijos la totalidad de la explotación. De esta forma, se evita la parcelación de las tierras que impediría la actividad agraria. Sus hermanos no tocan la parte que les corresponde jurídicamente. En efecto, sus padres consideran que les han indemnizado ya sea porque les han pagado un mínimo de estudios o porque les han construido una casa de vacaciones en un lugar de la explotación. Pero este consenso familiar es muy frágil y cuando un promotor propone comprar las tierras, los hermanos y hermanas de los campesinos ven en ello un medio excelente para recuperar su parte de la explotación. Están todavía más seguros de sus derechos porque acuden cada verano a ayudar a su familia a preparar el heno. Esta presión familiar puede forzar a ceder a los agricultores que, inicialmente, son los que más se oponen a las expropiaciones. El desarrollo turístico reactiva los conflictos territoriales, tanto entre agricultores modernizados y campesinos tradicionales en relación a los contratos de alquiler, como en el seno de las familias campesinas en relación a la transmisión de la explotación.

Se puede constituir una solidaridad momentánea entre todos los campesinos de un municipio en torno a un rechazo de los precios a los que se hacen las expropiaciones turísticas. Esta solidaridad puede permitir la unión de la población en torno a su consejo municipal, cuando ésta se opone al proyecto turístico, o conducir a la creación de una asociación de defensa. Pero desde el momento en que la administración o los inversores turísticos inician las primeras transacciones, esta unidad resulta ser muy superficial y la asociación de defensa, incapaz de superar sus divisiones, no puede tomar las decisiones

necesarias. La historia de Les Cervières, en el Briançonnais, es significativa en este sentido. La decidida oposición de los campesinos y del Consejo municipal a un proyecto de construcción de un complejo integrado de 20.000 camas obtuvo el apoyo de los dirigentes locales y nacionales de la F.N.S.E.A. y llevó, en 1974, al abandono del proyecto por parte de la administración. Pero en las elecciones municipales de marzo de 1977, el consejo municipal fue sustituido por un equipo favorable al desarrollo turístico. Esta incapacidad del mundo campesino para consolidar su unidad en torno del problema de defensa de su medio de trabajo agrícola no proviene, como declara la F.D.S.E.A. de los Altos Alpes, del hecho de que los agricultores hagan pasar sus intereses personales por delante de los de la agricultura, sino que es la consecuencia directa de la política de modernización y de reestructuración de las explotaciones. La mayoría de los campesinos de montaña (el 60% de los agricultores de Embrunais) sólo tiene como medio para conservar su estatus de pequeño productor mercantil, el recurso de hacerse con una renta turística cediendo, cada cinco años, una o dos parcelas para residencias secundarias. Los agricultores de montaña de mayor capacidad, representados por las organizaciones profesionales agrícolas, afirman que los pequeños campesinos tradicionales son «especuladores» asimilándolos a los promotores inmobiliarios, cuando no hacen otra cosa que intentar defender su patrimonio familiar y, con él, su estatus social. Se inicia una nueva etapa de conflicto entre campesinos, por la apropiación de las tierras, con el desarrollo turístico de la montaña.

¿Són la agricultura y el turismo actividades económicas complementarias que permitirían un desarrollo armonioso de la montaña? El turismo ha creado puestos de trabajo asalariados en los complejos y en los centros de vacaciones, y contribuye a mantener la población en los municipios de montaña. El ejemplo de Les Orres lo confirma. ¿Pero qué puestos de trabajo? En su gran mayoría, puestos de trabajo estacionales, mal remunerados, en los que las posibilidades de promoción pro-

fesional son muy reducidas. Los puestos de trabajo turísticos no interesan a los jóvenes que han abandonado su pueblo, ya que no corresponden a las cualificaciones que han obtenido en la ciudad. Los jóvenes ayudas familiares los aceptan, puesto que son alojados y alimentados en la explotación y porque es la única manera de tener unos ingresos monetarios decentes mientras siguen viviendo en el municipio. Pero ésto les conduce a un camino sin salida: la imposibilidad de elegir entre una actividad turística poco interesante y que, por sí misma, no les asegura un salario suficiente. La doble actividad aparece como una situación muy inestable, muy limitada para los jóvenes, pero se perpetua por falta de alternativas. Una minoría (dos o tres campesinos por municipio) llega, en cambio, a establecerse en los nuevos sistemas de trabajo: una ganadería especializada y simplificada (cría de terneros bajo la madre por medio de la compra de terneros de ocho días a otras explotaciones) se asocia a una actividad turística con horarios flexibles (monitor de esquí, por ejemplo). Es esta misma minoría la que puede añadir a una actividad agrícolas rentable una actividad turística importante (camping de cien tiendas, por ejemplo). Hay que admitir, pues, que la ordenación de la montaña reposa sobre algunas explotaciones dinámicas y que el objetivo de mantener la población agrícola es un espejismo. Emile Leynaud, director del Servicio de Estudios y Ordenación Turística del Espacio Rural, lo confirma cuando declaró en 1974 (186): «Es posible integrar el turismo en la agricultura y la permanencia de los agricultores es fundamental para el desarrollo del turismo difuso. Pero ésto únicamente se hará con agricultores dinámicos, buenos agricultores, auténticos agricultores. Un buen agricultor que tiene treinta, cuarenta hectáreas, puede combinar ambas actividades. Un agricultor que no tiene más que cuatro o cinco hectáreas no se po-

(186) Intervención de Leynaud, Emile, en la U.E.R. Urbanización y Ordenación de Grenoble.

drá mantener. Son los buenos agricultores los que son igualmente buenos animadores del turismo rural».

El aspecto positivo del turismo, la creación de puestos de trabajo, no pesa mucho, por tanto, en comparación con su aspecto negativo, el alza de los precios de la tierra. Este alza impide el establecimiento de una agricultura moderna que necesita tierras baratas para consagrar todo su esfuerzo inversor a la renovación del capital de la explotación. Impide la instalación de jóvenes agricultores y la experimentación de sistemas de producción en los cuales el agricultor sería más autónomo con respecto a las relaciones comerciales (ganadería extensiva, por ejemplo). Pero el desarrollo agrícola se muestra cada vez más selectivo: la instauración de planes de desarrollo que imponen al agricultor un plan de inversiones y unas previsiones de ingresos mínimos a obtener es una prueba de ello. En la montaña, este desarrollo se apoya en dos o tres explotaciones por municipio. Defender el medio de trabajo agrícola contra la colonización turística es un tema que ha sido inventado por la tendencia más izquierdista del sindicalismo agrario, en este caso los campesinos obreros, pero hoy en día es retomado por fuerzas sociales relativamente diferentes. Sindicalistas de la F.D.S.E.A. y técnicos de las direcciones departamentales de la agricultura lo retoman por su cuenta para imponer, a través de los planes de ocupación de los suelos, un zonaje riguroso del espacio de montaña e impedir así toda posibilidad de especulación con la tierra. En el contexto actual, una línea de actuación como ésta no es, de hecho, más que la defensa de una minoría de privilegiados. En efecto, impediría a la mayoría de campesinos de montaña el obtener una renta turística cuando es el único medio que tienen para renovar una mínima parte de su material agrícola, restaurar su vivienda o construir un apartamento, y conservar así su estatus de pequeño productor independiente. Una política de ordenación de la montaña que se pretenda democrática no se puede apoyar en un zonaje del espacio, sino que pasa obligatoriamente por una negociación con las diferentes categorías

de propietarios campesinos para intentar tener más en cuenta cada uno de los intereses en juego: defender el medio de trabajo, hallar las condiciones para ejercer una doble actividad, encontrar un complemento a la jubilación agraria. Esta negociación se ha de desarrollar a nivel muy descentralizado, ya que las situaciones son diferentes de una región de montaña a otra. El municipio, donde hasta hace poco se efectuaban los compromisos entre propietarios campesinos en relación al uso agrícola del suelo (utilización de los pastos alpinos, de los pastos de las temporadas medias, afectación de los recursos fundiarios), podría, por medio del P.O.S., ser el lugar para esta negociación. Pero esta hipótesis es bien utópica en relación al bajo nivel de recursos municipales que comporta el éxodo rural. Las S.A.F.E.R. están controladas por sindicatos agrícolas que defienden exclusivamente los intereses de los agricultores modernizados y en ningún caso podrían desempeñar este papel. Entonces, una nueva estructura, sin duda, pero ¿a qué nivel: municipio, cantón o «país»? Se abre otra perspectiva tanto para la investigación como para la acción. Solamente será fructuosa si la reflexión no se limita a un análisis del nivel de las estructuras administrativas más eficaces, sino que llega a considerar las diferentes fuerzas sociales (comerciantes, artesanos, agricultores modernizados, pequeños propietarios campesinos...) que se expresan y detentan el poder al nivel del ayuntamiento, por una parte, y al nivel del cantón o del «país», por otra.